

Caso Karen

Primer capítulo (fragmento)

(Aparecido en un suplemento cultural, 200-)

UNA CIGARRA EN EL HORMIGUERO

Llevo cuarenta minutos esperando en esta taberna. Mientras ojeo por enésima vez el reloj, se abre la puerta y aparece enmarcada allí su inconfundible silueta: me recuerda a los vaqueros de esas viejas películas del oeste, cuando irrumpen a lo John Wayne en los salones. Llega en tejanos, con unas Reebok nuevecitas y una sudadera naranja anunciando una conocida banda londinense. Todo muy "casual", como dicen al otro lado del Estrecho, salvo esas estrambóticas gafas de sol que podrían ser la envidia del mismísimo Elton John. Al retirarlas, unos ojos castaños y sumamente expresivos se vuelven hacia mí. Pero antes abraza, por encima de la barra, a Julia, la propietaria del local. Cualquiera diría que son amigas del alma, cuando me juego el pescuezo a que se han visto, como mucho, tres veces en su vida. Por fin se sienta a mi lado y, sin mediar palabra, echa mano de mi cerveza. Eso es esta escritora: puro desorden, exuberancia y desfachatez. No es de extrañar, pues, que, tras irrumpir como un tornado en el mundo de las letras, se haya convertido en una de sus personalidades más polémicas. Pero con cien mil ejemplares vendidos a sus espaldas, una puede permitirse todas las extravagancias. Y que se lo pregunten, si no, a su editor. Menciono que un joven crítico la ha descrito recientemente como "una cigarra en el hormiguero literario". Intento que me lo comente, pero me aclara que ella no opina sobre sí misma, visto que ya lo hace medio Madrid, así que nos metemos con el cuestionario. / ¿Si fueras un color, cual serías? *El fucsia.* / ¿Una fruta...? *La de la pasión, aunque, si te digo la verdad, no la he probado nunca.* / ¿Un animal? *Yo misma, ¿que te parezco...?* / ¿Un pájaro? Cualquiera, pero que tenga alas. / ¿Una planta? *La carnívora. Para devorar a los curiosos. ..* / ¿Una piedra preciosa? *El rubí, con sus presagios cambiantes.* / ¿Un elemento? *El fuego, aunque me queme.* / ¿Una especia? *La canela.* / ¿Un perfume? *No soy fiel a ninguno...* / ¿Una bebida? *Cualquiera que lleve Tequila.* / ¿Una invención? *¿Crees que hoy se puede vivir sin el móvil...? / ¿Un medio de locomoción? (Con una sonrisa juguetona:) El cohete... Directo al infinito.* / ¿Un útil, una herramienta...? *Soy una adicta al ordenador.* / ¿Un mueble? *La cama: a veces me gustaría no tener que levantarme nunca.* / ¿Un estilo arquitectónico? *El de Gaudí. Le he consagrado unos artículos. Soy una fan incondicional.* / ¿Un idioma? *El italiano, musicalidad en estado bruto...* / ¿Un lugar de veraneo? *Goa. O cualquier otro rincón de la India, que me tiene fascinada con esa espiritualidad tan tremenda...* / Una época de la vida humana? *La presente. Nunca echo la vista atrás. [...]*

Caso Karen

1

"Venga, entra." Lo empujaron dentro con la misma brusquedad con que lo habían agarrado al encontrarlo a la salida del Racha, en los bajos de Orense. Había ocurrido a plena luz del día, a la hora a la que abrían sus puertas El Corte Inglés y los demás comercios de la calle. Pero Velasco, que guiñaba los ojos por la luz, andaba tan colocado que casi ni se enteró: le parecería parte del mismo globazo de colores, la misma alucinación calidoscópica de los sentidos. Quienes lo vieron afirman que sonreía con los ojos como platos, y que no se resistía, mientras lo arrastraban hacia el Mitsubishi gris metalizado. Fouciño, que llevaba las llaves, dio la vuelta al coche y se puso al volante. Y el indio de la camiseta encarnada se metió detrás, a su lado. En eso Velasco debió de tomar conciencia de la situación porque intentó, en un último arrebato de toro vencido, abrir la portezuela. Pero desgraciadamente, un brutal codazo en plena cara le calmó los ardores. "¿Dónde está la plata que falta?", preguntó el colombiano, según entraban en el piso. Velasco le juró que no había más, que lo de la mochila era todo lo que tenía. "Nada de vainas, majadero", el mafioso le clavaba una mirada torva, de ojos oscuros. Y empezó la fiesta. Primero le pincharon en el muslo, a través del pantalón. Velasco soltó un gemido y se precipitó con paso tambaleante por el pasillo. Empujó una de las puertas exhortándoles a que lo registraran todo, que no encontrarían nada, decía. Tenía problemas para articular, con la boca entumecida y seca. "Yo que tú no me andaría con camelos", masculló Fouciño, que no podía perdonarle las hostias del Hugo. Le habían afeitado partes del cráneo, para darle los puntos, y las calvas, como de tiña, no favorecían en nada a su rostro anguloso y ya de por sí maltrecho de antiguo pescador. El odio convertía sus ojillos en dos ascuas virulentas. Pese al calor llevaba el mismo tazado chaquetón de cuero, los mismos pantalones de pana, los mismos náuticos desgastados que cuando se habían visto en el casco viejo de Vigo. El otro empujó a Velasco contra una silla y lo maniató, a la espalda, con una soga. "Quédense ahí mientras echo un vistazo." Instantes después lo oyeron en la habitación de al lado, arrastrando la cama y dando golpecitos con el mango de su navaja sobre las tablas del parqué. Mientras quedaban a solas, Velasco volvió a asegurarle a su cuñado que no había nada más. "¡Te lo juro por mis muertos! Son los precios que se llevan aquí...", empezaba a angustiarse. "Tú lo sabes bien, tío." Pero Fouciño seguía tenso y expectante en la penumbra. Al cabo el colombiano se volvió manoseando un rollo de cinta para embalar y una mugrienta servilleta de la cocina. Y, nada más verlo, Velasco lo comprendió todo. Hizo amago de gritar, pero dos pares de manos sucias lo amordazaron sin contemplaciones. Todavía se debatió como pudo antes de quedar hipnotizado por la navaja que le

Caso Karen

rajaba la pernera y le cortaba los cordones de la bota. En ciertos momentos perdía movimientos intermedios y la hoja de acero saltaba de una posición a otra: parecía una película a la que le hubiesen arrancado demasiados fotogramas. Empastillado como estaba, nada le resultaba muy real. Era una pesadilla. No estaba ocurriendo. ¡Qué irónico el que, tras concebir tantas escenas de torturas, en sus películas delirantes, le estuviera tocando ahora protagonizar una! "Ahora mismo nos lo va a contar todo, muchachito." La voz del indio se volvía cada vez más amenazante. A sus espaldas, el famoso cuñado acababa de sacar una barra de acero del interior del chaquetón. Era el exmarido de su única hermana, el padre de sus adorables sobrinitas. Se habían corrido juntos infinidad de juergas. Pero lo golpeó sin dudarlo, el muy animal. En las rodillas; y luego, más fuerte, en el esternón. "No puedes imaginarte las ganas que tenía de cascarte las liendres." Velasco tenía los ojos velados por la sangre. Acababa de atisbar las tenazas oxidadas en manos del colombiano. Y al comprender lo que pretendía, arrancó a patalear. No consiguió nada porque Fouciño, a horcajadas sobre sus piernas, lo estaba inmovilizando como a un perro rabioso. Y viendo que el indio tiraba con ambas manos, cerró los ojos. El speedball que le habían pasado en el Racha lo mantenía medio anestesiado. Aun así debió de dolerle en el alma. ¡Cómo lo estaban dejando! Pobre Velasco. Y eso cuando prácticamente se había salido con la suya. Porque cuando lo atraparon en Orense, no te olvides, iba camino del aeropuerto. "¿Dónde demonios guarda el resto de la plata, pendejo?" Se oían ruidos en el rellano. El indio bajó la voz. "Y ni un suspiro. O le arranco los dientes, mamón." Velasco se sintió morir. Su cara sudaba sangre. Y cuando le arrancaron la cinta que le cubría la boca, apenas consiguió articular un lloriqueo lastimoso: el extremo de la barra acababa de saltarle los incisivos.